



POR QUÉ NO ORAMOS

DP3.04

por Tony Payne

POR QUÉ NO ORAMOS

© Fundación Generación y MTS

Este documento tiene copyright y sigue siendo propiedad de MTS Ltd.
Uso autorizado para Fundación Generación, prohibida su copia,
distribución y reproducción.

Para obtener más información sobre el uso de este documento,
envíenos un correo electrónico a mts@mts.com.au.

Para acceder a más recursos por favor visite: www.mts.com.au y
www.fundaciongeneracion.org

MISIÓN - EL POR QUÉ

La misión de Fundación Generación es:

“Contribuir a hacer discípulos de todas las naciones al multiplicar a los obreros del evangelio a través de los Aprendices Ministeriales”.

VISIÓN - EL QUÉ

La Visión de Fundación Generación es:

“Apoyamos y proporcionamos recursos a los Entrenadores de Fundación Generación, para multiplicar los Obreros del Evangelio a través de los Aprendices Ministeriales.”

SOBRE EL AUTOR



Tony Payne es el editor fundador de Matthias Media, y también el capacitador ministerial y escritor residente en Campus Bible Study en Sydney. Ha escrito (o es coautor) de numerosos libros y recursos ministeriales, incluidos *The Trellis and the Vine*, y actualmente publica un blog / podcast en línea llamado *The Payneful Truth*.

DP3.04

POR QUÉ NO ORAMOS

Eran las 6:45 am. Pedro revisó para asegurar que tenía todo. Todo estaba ahí: la Biblia con tapa de cuero, con referencias, con concordancia, las palabras de Cristo en rojo; la libreta para apuntes con puntos de oración personal ordenados por día y tema; el boletín de oración de la iglesia, el boletín de oración misionero, el leccionario y en caso de que todo lo demás fallara, tenía el libro de bolsillo con “promesas de Jesús que cambian la vida”:

Eran las 6.59. Pedro cerró los ojos y trató de ponerse en la actitud correcta. Trató de enfocarse en la majestad y bondad de Dios y de darle gracias por todo lo que él es y lo que ha hecho.

Eran las 7 am y el reloj de Pedro marcó la hora. “Tengo que averiguar cómo apagar esa alarma” pensó Pedro. “Ahora que lo pienso, estoy seguro de que no la programé. Espero que no sea uno de esos relojes que avisan cada hora... bueno volvamos a la oración.”

Pedro siguió pensando en su reloj. “Es típico en realidad. Así con la sociedad tecnológica. No podemos pasar unos minutos en meditación sin que sintamos el látigo. Es una metáfora, pensó Pedro, un paradigma de nuestra sociedad enferma”.

Eran las 7:08. El hijo de tres años de Pedro entró para avisar que su hermanito de un año había sacado la tapa de la pintura y estaba pintando la cuna y que además quería desayuno. “Dios mío” oró Pedro. “¿te importa si continuamos mañana”?

En el primer artículo en esta serie (por qué debemos orar) vimos que Dios mismo es la razón para orar. Su disposición, capacidad, santidad y la relación que tenemos con él permite y exige que oremos. Con este aliento tan potente, con el claro mandato de Dios y con todas las promesas de que nuestras oraciones serán oídas ¿por qué entonces no oramos? ¿por qué nos parece tan difícil? ¿por qué terminamos como Pedro con experiencias frustrantes o haciendo cualquier otra cosa en lugar de orar?

Veremos que las razones por las que no oramos tienen que ver estrechamente con las razones por las que sí oramos.

Nociones falsas acerca de Dios

A menudo nuestra falta de oración está cubierta de problemas intelectuales acerca de la naturaleza de la oración. Hay preguntas que saltan a la vista: ¿Cómo lo hace Dios con nuestras peticiones contradictorias? ¿Qué pasa si

el agricultor ora por lluvia y el albañil ora por sol? Cuándo pedimos algo y al parecer no lo recibimos ¿qué debemos pensar? ¿Es nuestra fe o vida cristiana deficiente? ¿Qué pasa con los planes de Dios para nuestra vida? ¿Cómo calza la oración con la mente soberana de Dios?

Muchos de los problemas que tenemos con la oración, incluyendo las dificultades intelectuales, surgen de las falsas ideas acerca de Dios. Así como la oración nace de quién es Dios, se trunca porque no conocemos el verdadero carácter del Dios vivo. Hay tres errores que vale la pena comentar.

Dios no es capaz

Cuestionamos de dos maneras la capacidad de Dios de responder la oración. Primero, está la razón del fatalismo que ve a la oración como una pérdida de tiempo, ya que Dios ya ha predeterminado lo que ocurrirá. Debemos reafirmar la soberanía de Dios, algo que la Escritura enseña claramente, pero también debemos afirmar que Dios tiene libertad de revelarse como él quiere.

Quizás el ejemplo más claro es Éxodo 32:11-14. Después del desastre del becerro de oro, Moisés intercede por el pueblo. Ruega a Dios a causa del nombre de Dios y sus promesas, y pide que no destruya a los rebeldes israelitas. Dios escucha el ruego de Moisés y actúa:

“Entonces el Señor se calmó y desistió de hacerle a su pueblo el daño que le había sentenciado.”

Esto no deja espacio para el determinismo estéril. El lenguaje puede ser antropomórfico, puede que use términos Hebreos concretos, pero la clara implicación es que Dios cambió su intención por la oración de Moisés. Santiago 4:2 es otro ejemplo:

“No tienen, porque no piden.”

Este verso no tiene sentido a menos que Dios escuche y responda a nuestras oraciones.

La segunda y opuesta duda acerca de la capacidad de Dios es que “no puede”. Admitimos que Dios sí responde a la oración. El problema es que no tiene poder para hacer mucho por nosotros. Esta segunda idea falsa asume que el mundo es un orden natural “fijo” que Dios echó a andar y no se puede cambiar ni interferir en él. Esta idea afirma que Dios no interviene para cambiar la situación. Solo nos puede cambiar a nosotros para ayudarnos a acomodarnos a las circunstancias inalterable. Santiago 4:2 no tendría ningún sentido si el poder de Dios tuviera esas limitaciones. Pero esta idea ha tenido mucha influencia en algunos cristianos como William Barclay:

Hay otra regla acerca de la oración que debemos recordar. La oración opera dentro de las leyes naturales que gobiernan la vida. Si lo pensamos, es una necesidad. Lo que caracteriza a este mundo es que es un mundo confiable. Si las leyes que nos gobiernan fueran canceladas, dejaría de haber orden. Sería un caos. Supongamos que alguien cae del piso

40 de un rascacielos en Nueva York. Digamos que es un hombre bueno y devoto, un firme creyente en la oración. Supongamos que mientras pasa frente al piso 20 ora: "Dios detén mi caída". Esta es una oración que no puede ser respondida.

De A Plain Man's Book of Prayers

William Barclay dice que Dios no puede hacerlo porque el hombre está sujeto a una ley que no puede ser anulada, la ley de gravedad: "la oración no promete que nos libremos de una situación, ofrece la capacidad y la perseverancia para sobreponernos a la oración".

Quizás la mejor manera de enfrentar el error de Barclay es imaginar otra situación, en este caso una historia real. Un hombre cayó desde un rascacielos y en su descenso a una muerte segura una racha de viento lo empujó a una cornisa. Dios salvó al hombre. En este caso lo hizo usando medios "naturales". No tenía que haberlo hecho de esa manera, podría haber anulado la ley de gravedad si lo hubiera querido. Pero escogió usar los medios ordinarios para lograr algo extraordinario. No hay mucho que suscriban las ideas de Barclay acerca de la oración, pero la suposición que subyace es más común de lo que parece. Es la idea de la separación del mundo en dos categorías: natural y sobrenatural. Esta no es una idea bíblica. En la Biblia todo está bajo el control de Dios. Su poderosa palabra sostiene todas las cosas (Col 1:17; Heb 1:3). Esta división pagana del

mundo entre lo natural y lo sobrenatural (lo extraño o inexplicable) convierte a Dios en una mera explicación para lo que la ciencia moderna aun no entiende. Los cristianos, de manera inconsciente, adoptan esta manera de pensar acerca del mundo y tienden a uno de dos extremos. Abandonan la oración (porque todo es natural y Dios no lo puede cambiar) o viven en un mundo de fantasía en el que lo sobrenatural (lo extraño e inexplicable) es la base de la verdad y la realidad y hay un demonio debajo de cada cama. La Biblia tiene el equilibrio correcto: Dios de manera milagrosa abrió el Mar Rojo, usando un fuerte viento oeste (Ex 14:21).

Dios no está dispuesto

Aun si reconocemos que la oración es eficaz, y aceptamos que Dios es capaz, aun está el problema de si Dios está dispuesto a actuar. Para el cristiano esta puede parecer una pregunta blasfema. ¿Dios no está dispuesto a actuar para nuestro bien? ¡Escandaloso! Sin embargo, todos sentimos la fuerza emocional de esta pregunta ante el sufrimiento. ¿Por qué Dios no interviene para detener la hambruna, los terremotos y las guerras? ¿Por qué dejó que mi hijo muriera? En lo que estamos pensando es el problema del mal. Pero es más que el problema del mal, es el problema del pecado. Desde el principio Satanás ha estado tentando a la humanidad a dudar de la bondad y generosidad de Dios. Su estrategia con Eva fue sembrar la duda en su mente acerca de las intenciones de Dios (Gen 3:4). Asimismo, es con nosotros. Cuando las cosas salen mal, nuestra reacción espontánea es dudar de la bondad de Dios

hacia nosotros. Sin embargo, la Biblia apunta a una verdad más profunda, más grande.

“De hecho, considero que en nada se comparan los sufrimientos actuales con la gloria que habrá de revelarse en nosotros. La creación aguarda con ansiedad la revelación de los hijos de Dios, (Romanos 8:18-19)

“el que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos generosamente, junto con él, todas las cosas? (Romanos 8:32)

Dudamos de que Dios esté dispuesto cuando no recibimos una “respuesta” a nuestras oraciones. Por supuesto, lo que queremos decir por “respuesta” es “nuestra respuesta”. No recibimos lo que buscábamos y parecía una petición razonable, así que dudamos de la bondad de Dios, o al menos, de su intención. La Biblia promete que Dios escucha y responde. Solo se trata de que puede responder de una manera que no esperamos. Su respuesta puede ser un firme “no”.

Dios no es santo

El nombre de Dios refleja su carácter, su persona. En el mundo antiguo los nombres eran muy importantes. Reflejaban el carácter de la persona o las circunstancias en las que la persona nació. Así también es en el caso de Dios. Su nombre (YHWH) describe su santidad y el hecho de que

es distinto a su creación. Él es el que es, o será el que será. El nombre de Jesús está lleno de significado: quiere decir Yahweh salva o Yahweh es salvación.

Si dirigimos nuestras oraciones a un Dios santo y oramos “en el nombre de Jesús”, entonces estamos protegidos de dos errores demoledores:

- El pecado no importa, que de algún modo Dios tiene el deber de escucharnos, sin importar nuestro estilo de vida o actitud hacia él
- Que el pecado es tan importante y duradero que, dependiendo de la severidad del pecado, puede anular nuestras oraciones por largos períodos.

El primero de estos errores niega la santidad de Dios. El segundo niega el perdón del evangelio. Dios habita en una luz inaccesible. No debemos pensar que tenemos acceso automático a él, que nuestra vida pecaminosa no importa. En Santiago 4:3 dice que no recibimos lo que pedimos en oración porque pedimos por los motivos equivocados, para gastar en nuestros placeres. Si somos amigos del mundo, ¿Cómo podemos esperar ser amigos de Dios al mismo tiempo? Debemos confesar nuestro pecado entregarnos al perdón disponible en Cristo (1 Juan 1:8-2:2).

Pero tampoco debemos caer en el segundo error. La realidad del pecado (que no podemos evitar) no anula por completo la oración, de ser así nadie podría orar. El Salmo 66:18-19 tiene el equilibrio correcto:

“Si en mi corazón hubiera yo abrigado maldad, el Señor no me habría escuchado; pero Dios sí me ha escuchado, ha atendido a la voz de mi plegaria.”

Falsas ideas acerca del factor relacional.

Nuestra relación con Dios se refleja en cómo hablamos con él. Dejamos entrever cómo es nuestra relación y qué pensamos al respecto o cómo oramos (en forma y contenido). Así como nuestra relación con Dios es una de las gloriosas razones por las que podemos orar, de modo que una falsa comprensión de nuestra relación con Dios puede matar la oración. Este problema toma muchas formas. Veamos algunas.

Fe y desobediencia

Nuestra relación con Dios se basa en la confianza (la fe). Dios es fiel y confiable y confiamos en él, que sus palabras son verdad, que nos perdona por medio de la muerte expiatoria de su Hijo, que nos ama y que actúa todo el tiempo para nuestro bien. Lo opuesto de este tipo de confianza no es necesariamente la duda. En Hebreos 3 lo opuesto a la fe es la desobediencia, una demostrable falta de confianza en la verdad e importancia de las palabras de Dios. La desobediencia prácticamente imposibilita la oración, porque cuando somos desobediente nuestra relación con Dios no funciona como debiera. No debemos pensar que nuestro estilo de vida y actitudes están desconectadas de nuestra vida de oración. Cuando la relación está fallando

(por la desobediencia) la una oración que nos queda es la del arrepentimiento.

Recibir y escuchar

Mucha gente piensa que solo podemos estar seguros de que nuestras oraciones han sido escuchadas por Dios cuando recibimos lo que pedimos. Eso no es así. Por cierto, si recibimos lo que pedimos, sabemos que Dios nos escuchó. Pero lo opuesto no es verdad. Si no recibimos lo que pedimos, no quiere decir que Dios no escuchó. Dios promete que nos escucha cuando oramos, conceda o no nuestras peticiones. Esto se trata de confianza. ¿Creemos a Dios cuando nos asegura que pone atención a nuestras oraciones?

Si relacionamos los “buenos” resultados con que Dios nos escuche, entonces estamos en terreno peligroso. De ahí hay un pequeño paso a llegar a pensar que algo debe haber habido en la manera que oramos en la ocasión que causó que Dios escuchara y actuara. Oramos nuevamente en la esperanza de que logre algún resultado. Hemos cambiado la relación abierta y auténtica con Dios por un ritual mecánico diseñado para manipular a Dios de modo que haga lo que queremos. Cuando mencionamos “ritual” inmediatamente pensamos en liturgias, vestimentas o velas. Pero el ritual tiene versiones domésticas. Es tentador pensar que nuestro devocional matutino es una póliza de seguro contra un mal día. Si usamos ciertas posturas o palabras con poder especial, pasarán cosas. Un ritual en sí no es algo malo. Usar estructuras familiares puede ser útil. Sin

embargo, si comenzamos a pensar que nuestros pequeños rituales pueden impresionar a Dios y asegurar el éxito de nuestras oraciones, estamos negando la verdadera naturaleza de nuestra relación con él. Esa relación se trata de su bondad y nuestra humildad confianza, no de "resultados".

Fe en las emociones

También habremos malentendido nuestra relación con Dios si pensamos que las emociones son un barómetro clave. Nuestra relación con Dios es un hecho objetivo, pero nuestras emociones pueden variar mucho de un momento a otro, como respuesta a distintos estímulos (algunos espirituales otros naturales, como la dieta). A veces podemos sentir muchas ganas de orar. Otras veces no. A veces la oración se siente fantástica, pero eso no es indicación de la calidad de nuestras oraciones o de si Dios nos ha escuchado. De hecho, si esperaríamos hasta tener ganas de orar, quizás nunca oraríamos.

Si la oración es la expresión vocal de nuestra relación con Dios, y esa relación se basa en hechos objetivos (como la muerte de Cristo y mi decisión de confiar en él), entonces la oración es un hecho objetivo de nuestra experiencia, no una sensación subjetiva de nuestras emociones.

Dios, Satanás y la oración

¿Por qué entonces no oramos? La raíz de la dificultad no es intelectual, es moral y espiritual. No oramos mayormente

por nuestro pecado y porque el enemigo no quiere que oremos.

La oración es en el fondo el reconocimiento de nuestra necesidad. Reconoce nuestra fragilidad y nuestro deseo de ayuda. Reconocer esto es difícil para personas pecadoras. Nos humilla. Nos fuerza a admitir que no somos independiente o autosuficientes, dos mentiras que valoramos mucho. Satanás, el padre de mentiras, quiere que creamos esas mentiras. Quiere que seamos independientes, que no nos arrodillemos para expresar nuestra dependencia de Dios en todo.

Hay dos pasajes interesantes en el Nuevo Testamento que hablan de resistir a Satanás y ambos están, interesantemente, en el contexto de la oración.

“Así que sométanse a Dios. Resistan al diablo, y él huirá de ustedes. 8 Acérquense a Dios, y él se acercará a ustedes”. (Santiago 4:7-8)

Humíllense, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él los exalte a su debido tiempo. Depositen en él toda ansiedad, porque él cuida de ustedes. Practiquen el dominio propio y manténganse alerta. Su enemigo el diablo ronda como león rugiente, buscando a quién devorar. (1 Pedro 5:6-8)

Todos los cristianos han experimentado esto de algún modo. Nos sentamos (o arrodillamos) para orar e inmediatamente la vorágine de la vida parece intensificarse. Suena el teléfono, los niños exigen atención, algún plazo en el trabajo viene a la mente y nuestras buenas intenciones se evaporan. Debemos actuar sobre la promesa de Dios de que resistimos los ataques del adversario, Satanás huirá y Dios nos acercará a él.

El Jardín de Getsemaní es un potente ejemplo de esto (Marcos 14:32-51). Jesús dice a sus discípulos que vigilen y oren para no caer en tentación. Se quedan dormidos y cuando la tentación viene (con Judas y los soldados) niegan a Jesús y huyen. Sin embargo, Jesús sigue orando. La tentación llega a él también, pero no cae. Ora intensamente pidiendo liberación de la muerte inminente, pero no recibe lo que pide. Aun así, durante la oración, él resiste al diablo y se mantiene fiel camino a la agonía de la cruz.

Si intentamos imitar a Jesús, lo más difícil es comenzar. Es más fácil seguir orando que comenzar a orar. Lucas 18:1-8 (la viuda que persevera) y Lucas 11:5-13 (el amigo a la medianoche) suelen tomarse como exhortaciones a perseverar en la oración. Ambos pasajes son un aliento comenzar a orar. Si incluso los humanos pecadores acceden a las demandas persistentes, cuánto más nuestro Dios de gracia nos dará todo buen don, y pronto.

Cuando oramos, sabemos que Dios se acerca a nosotros. Lo sabemos porque lo promete, y sus palabras son completamente confiables. Lo más difícil es comenzar.



POR QUÉ NO ORAMOS

DP3.04